No me Arrepiento de NADA

Oscar Gonzalo Espinoza

AUREA
EDICIONES

© No Me Arrepiento de Nada.
Colección: Novela Negra Chilena
Sello: Tanhäuser
Primera edición: Julio 2022

Oscar Gonzalo Espinoza

Edición general: Martín Muñoz Kaiser
Ilustración de portada: Alexis Collao
Corrección de textos: Aldo Berríos
Diagramación: Martín Muñoz Kaiser

AUREA
EDICIONES

© Áurea Ediciones
www.facebook.com/aureaedicioneschile
@aureaediciones1
www.aureaediciones.cl
Errazuriz 1178 of #75, Valparaíso, Chile

ISBN: 978-956-6183-07-5
Registro de Propiedad Intelectual N°: 2021-A-1031
Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito del editor.
Todos los derechos reservados.

Al sur.

Mi única ventaja como reportera es que soy tan pequeña físicamente, tan temperamentalmente discreta y tan neuróticamente inarticulada que la gente tiende a olvidar que mi presencia va en contra de sus mejores intereses. Y siempre lo hace. Esa es una última cosa para recordar: los escritores siempre están vendiendo a alguien.
Joan Diddion, Slouching Towards Bethlehem.

Nada está perdido si se tiene por fin el valor de proclamar que todo está perdido y que hay que empezar de nuevo.
Julio Cortázar, Rayuela.

Todo el que mata tiene un motivo, así sea un motivo delirante. O un falso motivo. O un motivo mentiroso, en todo caso. Acá no hay nada.
Carlos Busqued, Magnetizado.

—Mataron a otra, a una pendeja de trece años en Paine. Tienes que ir altiro —Claudio Iturra me lo dijo mientras me arreaba afuera del asiento. Que me arrearan era algo que pasaba a menudo. Necesitaba la potencia externa para moverme de algún sitio—. Te doy cinco lucas para que comas algo en el camino. Ya, niña, vamos, que se nos van a adelantar.

Estábamos los dos solos en la oficina, eran las ocho y media de la tarde, el cielo estaba oscuro, el aire atascado y condensado; la jornada laboral se había acabado hace horas y yo seguía ahí. Un buen resumen de los siete años que trabajé en el diario *La Época*.

—No te preocupes, no tengo hambre. Perdón, una pregunta, ¿dónde queda Paine? —le respondí con plena conciencia de lo mojada que dejó mi blusa al tocarla. Sus manos, sus gordas y asquerosas manos siempre estaban sudadas. A veces las rozaba en mis mejillas al saludarme.

—Afuera po, María José. A la salida de Santiago. Es un campo de mierda que queda como a una hora. Ya, menos preguntas y vamos saliendo —siete años viviendo en la capital y aún hacía preguntas hueonas. Esto para Iturra no era una novedad. Él se había acostumbrado rápido a mi tontera, tanto que llegué a creer que le gustaba, que era una cualidad que me hacía especial; una de las razones del porqué me mantuvo en su equipo. Una forma de asegurarse una especie de superioridad.

Antes de partir, ordené los apuntes que desordenó en mi pequeño escritorio y levanté las piedritas desparramadas des-

de el macetero cuadrado de la suculenta que mantenía al lado del teléfono, que no paraba de sonar en todo el día. Un ambiente de desastre reinaba en el lugar. La oficina, incluso en sus días buenos, era lúgubre. Las luces amarillas en el cielorraso no iluminaban lo suficiente, y las paredes, pintadas desde la década pasada de un color azul intenso, fueron descamándose de a poco, adquiriendo aquel tono celeste inocuo característico de los pasillos de los hospitales públicos.

El olor a bencina del auto de Iturra aún se sentía en el aire cuando entré a mi Nissan 2007. A esa hora el estacionamiento, aquel oscuro y frío espacio, cinematográfico a mis ojos, estaba vacío. No sentí miedo, pero hubiera preferido no estar ahí. Antes de encender el motor, bostecé cinco veces seguidas. Podría haberme quedado dormida en el asiento trasero y nadie me habría dicho nada. Era la única que quedaba en todo el edificio.

Una vez en la calle, me demoré unos treinta minutos en lograr entrar a la Ruta 5. Para cualquier lado que mirara había autos en fila, ciclistas desaforados cruzando en rojo y comercio ambulante. A diferencia de los demás conductores, no toqué la bocina como enferma ni grité groserías. Me quedé con los ojos cerrados, pensando en el trabajo encomendado. No sentí pena o rabia por la muerte de esa joven. Era solo otra mujer asesinada, una más. "Nada nuevo bajo el sol, por lo menos es algo entretenido", pensé en voz alta. En realidad, estaba sorprendida y algo contenta. Meses antes, mi jefe había limitado mis labores al área de estilo de vida, moda y espectáculos. Luego de comenzar mi carrera de periodista como redactora de crónica roja y colaborar en el área judicial, y tras ascender a reportera en La Moneda, los años ganados quedaron en cero cuando cometí un error de redacción. La palabra corrupción apareció en un reportaje en medio del caso Caval y el ministro del Interior del Gobierno de turno pidió mi renuncia. Iturra perdonó mi cabeza, pero eso tenía un precio. Y yo lo pagué. Él sabía que otorgarme la oportunidad de investigar una escena del crimen era un premio para mí, y también una especie de perdón entre los dos.

Los asesinatos me han interesado desde pequeña. La primera vez que escuché sobre uno fue cuando en la televisión transmitieron un reportaje del caso de Alice Meyer. Con ella supe el significado de la palabra asesinato. Mi papá me la ex-

plicó al insistirle que me dijera qué era. Es cuando a alguien lo matan. Ahí la persona muere, es como quedarse dormido, muy profundo, solo que los muertos nunca vuelven a despertar. Habré tenido unos cinco años cuando encontraron su cuerpo en un canal de Lo Barnechea, y por alguna razón, la palabra, su nombre y la explicación de mi papá se quedaron grabadas en mí para siempre. Fue la primera vez que sentí miedo. El miedo a la muerte. A nunca más abrir los ojos. Luego, a los veinte, seguí en vivo y en directo el caso de las niñas de Alto Hospicio. La foto de la fosa común con los cadáveres vestidos con uniformes escolares la tengo impresa y a color; a los veintinueve me compré todo lo publicado sobre el caso de Viviana Heager. Todavía tengo los archivos de *La Prensa Austral*, y el año pasado compré el libro de Fluxá sobre la nefasta investigación de la policía. Formé así una especie de colección personal del horror, la que está guardada en una caja junto a muchas otras cosas que no he ordenado desde que me mudé a Santiago a los treinta y cinco años, directamente desde la casa de mis papás en Santa Juana.

Sin demasiada preocupación por los demás conductores, me desvié del camino a la altura de Buin y estacioné el auto a la entrada de Los Buenos Muchachos. Con el dinero que Iturra me dio no me alcanzaba ni para una Coca-Cola, así que decidí gastar de mi plata y pedí una empanada de carne de cerdo y otra de vacuno. Tenía que estar bien alimentada. Presentí que la noche iba a ser larga, aunque albergaba una ingenua esperanza de llegar temprano a mi cama. Comí rápido dentro del auto, apoyada en el manubrio, sin preocuparme del reguero de migas que dejé por todas partes, ni de la grasa que impregnó mis dedos, y retomé el viaje escuchando la radio Carolina y la Pudahuel.

¿De verdad no pensaba en nada? De seguro que en algo debí ocupar mi cabeza para poder manejar entre tantos autos y no terminar estrellada en la mitad de la carretera contra alguna mata de zarzamora. En el trabajo, de seguro pensaba en todo el trabajo pendiente.

En el momento en que llegué a la casa de los Aguilera en Colonia Kennedy —un pequeño pueblo alejado a nueve kilómetros del centro de Paine, un pedazo de tierra seca y solitaria que se había convertido en el hogar de la familia hacía tres

años—, la vida ya me había pasado por encima y solo intentaba mantenerme a flote. No me interesaba nada en realidad. El hecho de que la víctima fuera una adolescente, casi una niña, era un dato más que añadí a la noticia que escribí sobre el crimen. Supongo que rondaba mi cabeza la frase de Iturra: "Es plata a raudales. Está de moda está hueá, tenemos que ser los primeros". Eran las nueve de la noche cuando apagué el motor. Dejé la chaqueta de mezclilla en el asiento del copiloto y salí cubierta nada más que con una blusa blanca que me tapaba la figura por completo. Aún hacía calor a esa hora y en esa fecha, y el aire contenía partículas de tierra que se quedaron estancadas en mi garganta. Fue un buen recibimiento. En el portón de la propiedad de la familia había una cinta amarilla que decía "prohibida la entrada". Conté alrededor de siete autos de la PDI y dos ambulancias. Iturra tenía razón, iba a ser grito y plata, pero primero debía conseguir que me dejaran entrar. Luego de varias llamadas de mi jefe al fiscal regional y de muchas muecas que les hice a los funcionarios —intentos fallidos de algo que pretendía ser una sonrisa levemente coqueta, y que espero que en algo haya servido—, pude ingresar. Había muchos policías, una decena, quizás más, gravitando alrededor de la casa y del patio. De inmediato me acerqué a ellos con mi grabadora y mi agenda de notas. Ninguno de esos hombres quiso responder a mis preguntas. A la mayoría de los detectives y carabineros no les interesa compartir información, y si lo hacen, creen que te están haciendo un favor, respondiendo de manera condescendiente e irónica. "Hay que esperar al fiscal, ¿no sabe eso?", fue lo único que obtuve. Entonces busqué a los dueños de casa. No me iba a ir de ahí con las manos vacías. Caminé un par de pasos mirando hacia todos lados, con cuidado, tratando de no caerme. La oscuridad del campo no permitía ver sino lo más próximo. Me los imaginé encerrados en sus piezas, con las manos en sus oídos, con botellas de vino vacías tiradas en la cama. O sentados afuera del baño empadronado. También la imaginé a ella, a la víctima, petrificada, botada en el suelo, cerca de la puerta, rodeada de los peritos reuniendo cada pelo, cada fluido, cada muestra del culpable. A esa hora su cuerpo todavía no era levantado del sitio del crimen.

De un segundo a otro, un policía prendió la linterna y una potente luz azul iluminó gran parte de la propiedad. Es igual a

mi casa, pensé. Sí, el patio era igual a la casa de mis papás allá en el sur. La misma entrada de tierra, con un par de árboles que terminaba en una modesta casa principal de dos pisos. A su lado, una bodega de madera, igual a la que tenía mi padre, junto una huerta protegida con palos de bambú. Con las manos sujetadas de las barras oxidadas de la reja de algo que parecía ser una huerta de tomates abandonada, miraba cada detalle como si estuviera en el lugar que me vio crecer.

Varias veces durante estos siete años en la capital imaginé estar ahí, junto a mis padres, descansando en mi pieza, regando las flores, ocupándome de todo. Hoy hemos retomado la comunicación familiar que se perdió tras la mudanza. Hablo con mi mamá por teléfono una vez a la semana, me pregunta cómo estoy, si he comido bien, si me he resfriado. Yo le respondo de buena manera, muy detallista. Le cuento cómo cocino la receta de cazuela de la abuela, le mando fotos de cómo muelo la verdura y de cómo la tiro adentro. Ella me manda emojis de corazones. Mi papá se preocupa de mi trabajo y yo le digo que estoy bien. Mentir me es fácil, tanto que me da miedo. Antes de tomar la decisión de irme de la casa y de Santa Juana, pensaba que me iba a quedar solterona y con el trabajo de cuidar de mi madre para siempre. Nos imaginaba envejeciendo juntas, enfermando juntas, convirtiéndonos en una postal digna de *Baby Jane*: yo borracha todo el día y ella postrada en la cama, demandando cada parte de mí. Mi mamá necesitó de cuidados desde que tengo memoria; así, cuidados, en plural y sin especificar. Su condición médica nunca fue explicada totalmente por algún medico; bien podría ser una enfermedad neurodegenerativa: artrosis generalizada, Alzheimer o simple hipocondría. Cuando me fui, elegí la última opción como explicación a lo que le sucedía. Los últimos años antes de mi partida, ella pasaba la mayor parte del día acostada, tapada con las sábanas de lana hasta más arriba de su boca, dejando ver sus ojos de cierva y ocultando lo escuálido de su cuerpo. Subsistíamos por su mísera pensión de invalidez y por el trabajo de carnicero de mi padre; las labores del hogar quedaban a mi cargo. "Tan bien que me cuidas, hijita. ¿Qué haría sin ti? Tu papá no se preocuparía por mí como lo haces tú". Esas frases fueron mi recompensa, mi sueldo y mis calmantes. Su deterioro fue progresivo. Muchas veces falté al colegio por sus crisis, las que se caracterizaban

por dolores inespecíficos en sus huesos, tan invalidantes que apenas podía cocinar. Cuando iba en octavo básico, dejó de trabajar de secretaria y se jubiló. Hubo un semestre, en primero medio, que casi no fui al colegio. Era su época de ataques de asma repentinos y fulminantes, los que la dejaban en el suelo y con un termo con agua caliente evaporándole la cara. A pesar de lo difíciles que fueron esos años, logré cumplir con ambas tareas de manera excepcional: mi mamá no se murió y salí de la enseñanza media con la mejor nota del curso, aunque con el desprecio de mis compañeros. Doble triunfo para mí. Cuando entré a la universidad las cosas cambiaron. Yo cambié. No me volví de pronto la chica popular del campus o la más deseada por los hombres, pero fue ahí, durante esa época, antes de cumplir los veinte, que di mi primer beso. Fue con un tipo de segundo año, alto y un poco obeso, del que no recuerdo nada más que su lengua metida hasta casi rozar el pequeño trozo de carne que cuelga en el fondo de la garganta. *Check*. Los días siguientes me miró sin disimular cada vez que pasaba por los pasillos de la facultad, esperando que yo lo tomara en cuenta. Con el tiempo se olvidó de mí. El primer año de universidad también me dio mi primera amiga: Catalina.

Los primeros meses la vi desde lejos ser la luz del curso, la del millón de amigos, la que abrazaba al saludar, la que hablaba con todos. Quién iba a resistirse a sus enormes ojos azules, a su aura risueña y energética; a su pelo rubio y ondulado, buen indicador de su procedencia social, pero inexacto de lo que podría esperarse de alguien que nació sin necesidades y en un entorno de ensueño como lo es Pingueral. Yo no podía ser más distinta a ella, por dentro y por fuera. Hasta ahora uso el mismo corte de pelo, melena negra al viento, y mi peso siempre ha fluctuado entre el límite de la obesidad y el sobrepeso. Mis intereses intelectuales se limitaban a ver televisión, en cambio, para ella el cine y los libros significaban algo más que un mero divertimento; eran una vía para pensar y discutir. Aun así, nos volvimos muy unidas. Y aunque ella estaba siempre rodeada de gente, reservaba la hora de almuerzo para mí. Nos escapábamos a comer sobre el césped, alejadas de los demás, y luego nos quedábamos ahí, tiradas bajo los árboles, conversando por horas. Se sentía bien escucharla hablar de todo tipo de cosas, generalmente de política; cosas que yo no conocía, cosas nue-

vas. Éramos un equipo en las tareas universitarias: ella era la que hablaba en público y yo la que escribía. Inculcó en mí la pasión que sentía en un principio por la profesión, la ilusión de cambiar el mundo. De hacer algo importante. Fue después de conocerla que noté un cambio en mi madre. Ya algo había pasado cuando decidí ingresar a periodismo en la Católica con el puntaje necesario para entrar a medicina. Sé que eso le dolió y hasta hoy no me perdona. Con Catalina ya en mi vida y en mi cabeza, su actitud conmigo se volvió hostil. Su lenguaje se transformó. Con mi mamá teníamos un código, una forma de hablar que solo entre nosotras funcionaba. Éramos un mundo aparte al que no dejábamos entrar a mi papá. Tampoco es que él se muriera por hacerlo. Con tener un cuarto con sus herramientas, comida en la casa y cerveza helada, él era feliz. Pasaba la mayor parte del tiempo afuera de la casa. Seguro que en otra parte sus verdaderos intereses florecían. Espero que así fuera, si no qué triste haber sido creada, en parte, por alguien tan poca cosa. Aquel código madre-hija se quebró de a poco. Recuerdo que me di cuenta luego de dos noches fuera de casa. "Ah, viniste. Hay comida congelada. Tuve que pedir por teléfono, porque el dolor de manos no me permitió cortar ni una cebolla". Lo dijo sin mirarme, recostada en su cama. A Catalina ni la miró. Habíamos pasado juntas esos dos días estudiando para el examen de fin de semestre, y para mi mamá era una traición.

Los cinco años de carrera fueron así, con la culpa constante de estar abandonando a quien más quería. Muchas veces me lo hizo sentir, sobre todo antes de alguna prueba. Lo hacía en forma de una crisis asmática o de un dolor insoportable en las articulaciones de sus rodillas. El día que empecé la práctica, mi mamá sintió que su corazón se le detuvo. Estaba en las oficinas de TVN en Talcahuano, con una enorme parca negra, redactando una nota cualquiera. La lluvia era intensa, por lo que no pude sentir mis lágrimas al enterarme de que ella estaba grave. Luego me di cuenta de que nunca lloré. Desde ese momento, cuando casi me cancelan la plaza por haber salido corriendo al Hospital Regional, la preocupación por mi mamá se mezcló con un sutil sentimiento de rencor. La historia se repitió al titularme. Esa vez fue su vientre. Una hemorragia incontrolable la dejó en urgencias en Higueras y con un posible diagnóstico de